

Recuento

Hecatombes naturales en los albores del siglo XXI: los terremotos de Haití y Chile

Patricia A. Beltrán Henríquez*

Al comenzar el año 2010, la intensidad y las imágenes de la devastación de los terremotos de Haití y de Chile han sacudido a propios y extraños. Primero, el 12 de enero sorprendió al mundo uno de los terremotos más grandes que han golpeado a Haití (de 7.3 grados en la escala de Richter) y que dejó destruida completamente la ciudad capital de Puerto Príncipe, con más de 200.000 muertos y otros miles de heridos y damnificados, sumiendo aún más en la pobreza y la desolación al pequeño país caribeño. Luego, el 27 de febrero sucede un terremoto de gran intensidad en el centro-sur de Chile (de 8.8 en la escala de Richter) que dañó severamente la infraestructura carretera del país, los sistemas de servicios básicos (agua, electricidad, telefonía) y las construcciones de ciudades, como Santiago, Talca y Concepción. Además, en el curso de pocas horas, causó sucesivos maremotos en el litoral, desde la sexta hasta la octava región del país, arrasando ciudades y pueblos costeros, como Constitución, Iloca y Talcahuano.

A pesar de que en Chile la intensidad del terremoto y de la energía liberada ha sido muy superior a lo vivido en Haití, al punto que movió el eje de figura de la tierra (unos 8 centímetros), desplazó más de tres metros hacia el oeste la ciudad de Concepción y otras ciudades, como Santiago (27 centímetros) y Buenos Aires (2.5 centímetros), la pérdida en vidas humanas ha sido una milésima de los fallecidos en Haití (497 muertos).

A diferencia de Haití, Chile es un país que presenta una alta actividad sísmica relacionada con el proceso de subducción de la placa oceánica (Nazca) bajo la placa continental (Sudamericana). Este proceso genera una constante acumulación de energía que se libera en forma de terremotos. Es por ello que Chile tiene una larga historia de terremotos y maremotos. Para no ir muy lejos, basta mencionar que en el siglo XX se registraron en Chile sesenta y nueve sismos de distinta magnitud, alcanzando, al menos doce de ellos, una alta intensidad (1906, 1918, 1922, 1928, 1939, 1946, 1952, 1958, 1960, 1965, 1971, 1985), al grado que cinco de estos movimientos telúricos suscitaron

la sobrevenida de maremotos (1906, 1918, 1928, 1960, 1971). Como antesala, cabe recordar que tras el gran terremoto que azotó a Valparaíso, en 1906, se realiza un estudio profundo sobre las normas de construcción, que en décadas siguientes serán constantemente actualizadas, y se crea el Instituto Sismológico de Chile. Estos hechos presagian la mejor preparación que tiene Chile para enfrentar desastres naturales derivados de los movimientos tectónicos que, si bien no lo libraron de la destrucción, si coadyuvaron a reducir la tragedia.

También fue en el sur de Chile donde ocurrió el terremoto más grande registrado en la historia mundial y que era hasta hace poco el más recordado por todos los chilenos, particularmente en el sur del país. Aconteció el 22 de mayo de 1960 y se sintió desde el norte chico hasta la zona austral, destruyendo por completo la ciudad de Valdivia (donde se adjudicó una intensidad record de 9.5 en la escala de Richter), mientras que Corral, Niebla, Puerto Saavedra, Toltén, Queule, Traigén fueron arrasados por varios maremotos consecutivos. Además quedaron afectadas seriamente ciudades y pueblos como Coronel, Chillán, Concepción, Angol, Talcahuano (acompañado de un tsunami), Temuco, Osorno, Puerto Montt, entre otras. Tan grande fue la huella dejada por este megaterremoto que, fuera de arruinar económicamente al país, hundió parte del territorio en el mar, aparecieron nuevos lagos, cambió el curso de los ríos, surgieron nuevas islas en tanto se perdieron otras, se movieron las montañas, en fin, transfiguró la geografía del sur de Chile.

A mi modo de ver es, por una parte, esta larga historia de terremotos en Chile lo que marca la brecha con lo acaecido en Haití, no sólo porque la constante actividad telúrica de este país obliga a promulgar exigentes normas de construcción antisísmicas, sino también porque estas experiencias han generado un capital social que permite a los chilenos actuar solidaria y eficientemente en la prevención de desastres mayores y en la resolución de problemas inmediatos, incluso con independencia de las autoridades. Tómese en consi-

(Continúa en p. 51)



Jacques Louis David, *La Coronación de Napoleón I, el 2 de diciembre de 1804*, 1806-1807. Óleo sobre lienzo, 621x979 cm.

eso sería abonar al caudal de bestialidad en el que ya nos hundimos. Hemos de erigirnos estoicamente en defensores de la cultura, de la racionalidad y de nuestra sociedad; el enemigo común es la barbarie. Ésta, se autoreproduce, y cuando lo hace en el ámbito del Estado, los ciudadanos nos quedamos sin espacio para la civilidad.

Así pues, la respuesta teleológica a la pregunta planteada: *¿Qué podemos hacer para frenar la vorágine de violencia extrema?*, habrá de consistir en una apuesta fuerte comprometida y serena por la ciudadanía, por la cultura, por la vida institucional; y en un rechazo categórico a toda clase de barbarie, tanto la que se nos presenta como índices delictivos, como la que se nos propone como *modelos de prevención y represión*. esta, me parece, es la premisa de la ruta crítica que habremos de seguir si queremos liberarnos, y librar a los que aún están por venir a este mundo, del flagelo de la barbarie en todas sus formas.

¹ José Ortega y Gasset, *Meditación de Europa*, Revista de Occidente, Madrid, 1960, p. 49.

(viene de p. 16)

deración, por ejemplo, que aun cuando las autoridades chilenas no alertaron de la llegada de los maremotos, que horas después del terremoto devastaron las ciudades y pueblos costeros de la Región del Maule y del Bío Bío, por iniciativa propia centenares de chilenos corrieron a refugiarse a los cerros, evitando así una catástrofe que pudo haber tenido enormes proporciones. Por otra parte, Chile es un país con instituciones políticas y sociales mejor consolidadas que Haití, que permiten afrontar de manera más afortunada el caos, el vandalismo y la desesperación de la población causada por la falta de alimentos, agua, electricidad y comunicaciones, por ende, el restablecimiento del orden y el estado de derecho tiende a imperar con mayor celeridad.

*Docente-investigadora de la UACJ.